

ya a finales de los cuarenta y en los primeros compases de la Guerra Fría, vencedores pactando con vencidos. *Tutti quanti*. Pero, además, también las pensaron políticos franquistas situados en la cúspide del *establishment* dictatorial, que comprendieron que el régimen podía pervivir si lograba irse actualizando a través de la aprobación de diversas leyes fundamentales. El tercer momento es el más breve en páginas, pero sin duda el más pugnaz y el más vinculado al tipo de intervención pública de este historiador como un académico intelectualmente comprometido con su sociedad. Cuando el corazón de la Transición había empezado la desaceleración, empezó a germinar el clima del desencanto. Juliá detecta cómo ese espíritu suspicaz fue diseminándose desde el portaviones que en aquel momento era el diario *El País*, y se hizo con un propósito de intervención desde el cuarto poder: torpedear al ejecutivo Suárez y forzar la alternancia.

Pero es en el segundo momento, creo, cuando *Transición* propone la hipótesis de explicación del cambio político más potente. Tras años de discusiones interminables en la oposición, cuando llegó la hora cero, el antifranquismo elaboró su hoja de ruta para liderar la transformación de la dictadura en una democracia a través de una ruptura que debería articularse sobre tres ejes: libertad, amnistía, Estatuto de Autonomía. La paradoja imprevista es que la articulación legal de ese cambio no la pilotaron los políticos de la oposición sino que –ironías de la historia– la implementaron, para legitimarse, una serie de jóvenes políticos del franquismo a través de una reforma. Para sortear esa paradoja donde colidían historia y política, luego, se construyó el mito y el mito, a la prostre, ha posibilitado una explicación equívoca de aquel proceso de cambio. Contra esos equívocos, contra el mito y el contramito, actúa un libro que ilumina como pocos uno de los períodos más complejos de la historia contemporánea de España.

Jordi Amat

Andreu MAYAYO y Javier TÉBAR (eds.),  
*En el laberinto. Las izquierdas del sur de Europa (1968-1982)*,  
Comares, Granada, 2018, 125 pp.  
ISBN: 978-84-9045-640-8

Normalmente, para los historiadores es más fácil explicar el crecimiento y despliegue de un sujeto sociopolítico que su retirada o derrota. Porque una fase de crecimiento suele ser más dilatada en el tiempo, y por ende se le puede estudiar con mayor precisión y coherencia. La retirada, en cambio, se debe a causas no deseadas, a menudo imprevistas y que a veces son tan repentinas que no dejan, a quienes las padecen, el tiempo para analizarlas sosegadamente y contrarrestarlas. Es por ello por lo que explicar la retirada de un sujeto político supone un reto más exigente para el historiador. Máxime si aquella ocurrió al final de una década, como la de los años setenta del siglo XX, en cuyo inicio los progresistas europeos creyeron vislumbrar un avance vigoroso de las izquierdas en todo el continente europeo y que acabó con el inicio del declive de los partidos comunistas y una progresiva moderación política de las organizaciones socialistas. Para explicar este fenómeno en el ámbito geográfico de la Europa del sur, Andreu Mayayo y Javier Tébar han editado *En el laberinto*, un libro colectivo que analiza la evolución y la crisis de las izquierdas en Francia, Italia, España, Portugal y Grecia en la década de los setenta (o, más precisamente, en el periodo 1968-1982).

Después de la presentación de los editores –en la que se formulan interesantes reflexiones sobre cómo deberíamos ver hoy aquel periodo y cómo el estudio de la «parábola» histórica de las izquierdas aún nos puede enseñar mucho para enfocar el presente de una manera madura–, Geoff Eley abre el volumen con un capítulo introductorio que retoma algunas de las reflexiones sobre el escenario en que se movió la izquierda europea de la época que ya presentó en su célebre obra *Un mundo que ganar*; a

saber: el impacto de los radicalismos juveniles procedentes de los años sesenta, la aparición de nuevas identidades sociales y colectivas que se sumaron a la tradicional identidad de clase del movimiento obrero, las turbulencias económicas que, a partir de 1973, pusieron en crisis el modelo de crecimiento de los «trente glorieuses», etc. En este nuevo contexto, las izquierdas del sur de Europa, y sobre todo las comunistas, tuvieron no pocas dificultades para reorientar su discurso ante la creciente agresividad del neoliberalismo reaganiano-thatcheriano.

Andrea Sangiovanni, autor en su momento de una estimulante historia de la clase obrera italiana a partir de 1945, tenía el reto de resumir en pocas páginas el caso italiano. Sí, un reto, porque las izquierdas italianas fueron las más fuertes del continente y, posiblemente, las más innovadoras a la hora de captar consensos. Por un lado, el Partido Comunista Italiano (PCI) alcanzó su máximo consenso electoral en las elecciones generales de 1976, a través de una estrategia eurocomunista y dirigida a formar un gobierno de regeneración democrática junto a la Democracia Cristiana (DC); por el otro, el Partido Socialista relanzó una línea autónoma del PCI con Bettino Craxi y la extrema izquierda basculó entre una oposición total a los gobiernos democristianos y la tentación de la lucha armada. En conjunto, del texto del autor se infiere la incapacidad del PCI, que entonces era con creces el partido mayoritario de la izquierda italiana, para formular una propuesta política más dinámica que la de la alianza con la DC, capaz de aglutinar a toda la izquierda y de representar una alternativa real a un sistema político en crisis, cuyo final se hará evidente solo a principios de los años noventa.

Por su parte, Xavier Vigna describe la competición, subterránea o patente, que se desarrolló en Francia entre el Partido Comunista y el Partido Socialista y su manera de relacionarse con una sociedad en rápida transformación. En su opinión, los comunistas fueron incapaces de abrirse con sinceridad a los nuevos problemas

civilizatorios —como los ecológicos, los antimilitaristas y feministas y las nuevas formas de insubordinación obrera— que plantearon tanto la extrema izquierda como los movimientos sociales franceses surgidos al calor de 1968. De modo que, aunque siguió siendo un partido poderoso hasta principios de los ochenta, el PCF fue perdiendo terreno respecto de una propuesta socialista que fue más abierta e incluyente, lo que determinó su éxito en las elecciones presidenciales de 1981.

Paralelos, y con muchos puntos en común, son los ensayos de Magda Fityl, Manuel Löff y Álvaro Cúria y Carme Molinero sobre, respectivamente, los casos de Grecia, Portugal y España. Y si digo paralelos es porque ubican a unos partidos de izquierdas que, más allá de sus diferencias ideológicas, operaron todos en el marco de procesos de transición a la democracia y protagonizaron una lucha por alcanzar tanto la hegemonía en el ámbito de la izquierda como, en el caso de los socialistas, el poder. Los autores trazan una cartografía precisa de las posiciones de las izquierdas socialista, comunista y marxista radical. Y en los tres casos, se nota la mayor capacidad de los socialistas para beneficiarse de ayudas internacionales —en especial de la Internacional Socialista— y de postularse como partidos centrales de los sistemas políticos de sus países.

Con todo, me parece que son, sobre todo, dos los elementos que, de una manera u otra, con mayor o menor intensidad, aparecen en casi todos los textos del libro. El primero es que los partidos socialistas suplieron su mayor debilidad organizativa respecto de los comunistas con políticas más flexibles y capaces de moderarse en el corto plazo para atraer, además de a una base electoral popular deseosa de mejorar rápidamente sus condiciones de vida, a una clase media ligada a las profesiones liberales y a un sector terciario en expansión. A mayor abundamiento, los socialistas podían contar con el anticomunismo como elemento ideológico sobre el que legitimarse como principales fuerzas

de izquierda en sus países, y con un atlantismo que fue relanzado tras el fracaso del proceso de distensión entre los Estados Unidos y la URSS y el inicio de la Segunda Guerra Fría en 1979. En suma, paradójicamente la debilidad de los partidos socialistas del sur europeo en la primera mitad de los setenta se convirtió, en los años siguientes, en un factor de fuerza en la medida en que les permitió un margen de maniobra político del que carecían los partidos comunistas, caracterizados por militancias con perfiles ideológicos más definidos y menos elásticos.

Un segundo elemento que aparece en la mayoría de los ensayos, y sobre todo en los de Vigna y Sangiovanni, es que las izquierdas no supieron captar los cambios que experimentaron los modelos productivos de sus países, comenzando por la creciente automatización y la incipiente fragmentación de la producción, amén de la evolución del mismo capitalismo internacional a raíz de la crisis del petróleo de 1973-1974. De ahí su empeño por aferrarse a recetas keynesianas que –sobre todo a raíz de la segunda crisis petrolífera, de la subida de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal de los Estados Unidos y de la disciplina monetaria impuesta por el nuevo Sistema Monetario Europeo (las tres acaecidas en 1979)– se demostraron de difícil actuación. Aun así, y como

demostrarían los gobiernos de Mitterand y Craxi a partir de 1982-1983, los socialistas aguantaron bien el giro monetarista y liberal impuesto por Washington y Londres en los años ochenta, acompañando las medidas de contención del gasto público y de la inflación con un relato modernizador y europeísta que tuvo un indudable éxito en sus electorados. Para los comunistas, en cambio, era imposible aceptar todo tipo de economía que no aspirara a la plena ocupación y no asegurara una presencia palpable del Estado que mantuviera el carácter industrial de sus economías. No es de extrañar, pues, que todos los partidos comunistas europeos acabaran ejerciendo una dura oposición a los gobiernos socialistas.

Para concluir, creo que este libro, editado por Mayayo y Tébar, representa una utilísima contribución historiográfica que, partiendo de un uso inteligente del enfoque comparativo, no solo aporta reflexiones sólidas y sugerentes para comprender la trayectoria de las izquierdas del sur de Europa en una etapa ciertamente delicada, sino que, por la agilidad y síntesis de sus ensayos, también podrá ser utilizado con facilidad por los estudiantes de nuestras facultades de Historia –que siempre andan necesitados de materiales de este tipo– y por un público no especializado.

*Giaime Pala*